



Accésit

del

Segundo Certamen Literario

de

Cuentos Gastronómicos

No ha sido un accidente

Rosa Ana Prieto Fernández

Ahora que dejo este mundo, que estoy acabado definitivamente, quiero contar lo que ha sucedido. Necesito explicar mis razones. Es importante que todos sepan que lo que ha ocurrido hace apenas unos instantes no ha sido un accidente. No, no, no ha sido un simple y vulgar accidente. Y no quiero que nadie se equivoque. Tampoco soy un suicida. Ha sido un simple error de cálculo, un pequeñísimo error, un fallo que me ha llevado de cabeza a este sucio y oscuro lugar donde me encuentro.

En primer lugar, y para quien le interese mi historia, voy a presentarme. Soy un pimentero. Pero que esto no os confunda. Soy un producto de diseño. No debe pensarse en mí como en un pimentero cualquiera, como uno de esos botes de cristal, o incluso de ¡plástico! llenos de pimienta molida. No, no, yo soy un molinillo de pimienta. Y, además, y principalmente, soy un pimentero de diseño. Me idearon en un importante estudio italiano, y fui fabricado artesanalmente. Me hicieron de madera de olivo y tengo en mi interior un exclusivo sistema que muele los granos de pimienta dando como resultado un polvo de pimienta fino y delicado. Aunque todo esto ya es pasado, venía con un certificado de autenticidad que prueba todo lo que digo.

Debo dejar claro desde el principio que estaba hecho para realizar grandes platos, fabricado para ser manipulado por manos expertas, para sazonar una buena carne de ternera o buey, los mejores pescados, fuás, incluso para combinar con el chocolate en los postres más novedosos.

Mi destino era, sin lugar a dudas, la cocina de un gran restaurante tradicional, un asador, o de uno con estrellas, y, en su defecto, una casa con glamur y cocinero de uniforme, preparando continuamente cenas y comidas para invitados distinguidos. Al menos eso pensaba yo desde el estante de la tienda donde pasé la primera etapa de mi vida. Una tienda exclusiva de uno de los mejores barrios de la ciudad. Y un día, por fin, una joven se fijó en mí, me eligió entre muchos como yo, me compró y me trajo aquí, envuelto para regalo. De eso hace ya más de tres años.

Yo era joven e inexperto y esperaba grandes cosas de mis futuros dueños. Su cara al abrir el paquete fue de sorpresa y alegría. No, no tenían uno como aquél. Lo que yo no sabía entonces es que no sabían exactamente qué era yo y que jamás se les habría ocurrido comprar uno parecido a mí. Ni tenían pimentero ni lo querían ni tan siquiera lo necesitaban. Tardé poco tiempo en descubrirlo.

Los primeros días estuve tremendamente nervioso esperando entrar pronto en acción. Pero iba pasando el tiempo y nada sucedía. Los dueños entraban en la cocina muy poco, y cuando lo hacían era para abrir el frigorífico, coger cualquier cosa y salir de allí rápidamente. Nadie me agitaba, ni siquiera me miraban. Seguía quieto en el estante donde me colocaron el primer día.

Tengo que decir a favor de los amos que no me guardaron en un armario oscuro y maloliente como a la licuadora o a la batidora. Colgaron unos especieros realmente elegantes y me situaron en uno de ellos en un lugar privilegiado, desde el que todos pueden apreciar mi estilo y desde el que tengo una vista magnífica de toda la cocina.

Mis compañeros de estante en todo este tiempo... en fin, debo decir que ninguno de ellos estaba a mi altura. Todos eran botes de especias sin ningún estilo, de cristal o de plástico, con sus especias en el interior ya molidas y perdiendo su sabor y aroma día a día. Me miraban todos con admiración, especialmente el eneldo, al que nunca habían abierto y aún tenía alrededor del cuello un precinto de plástico. El único que no apreciaba mi importancia era el salero. Se consideraba el único imprescindible entre todos nosotros, y eso que era un salero de lo más vulgar y corriente.

Mis dueños eran una pareja de jóvenes profesionales que dedican muchas horas a su trabajo. Ambos comen fuera de casa todos los días, excepto los fines de semana. Y las cenas suelen ser improvisadas, o, en muchas ocasiones, aunque me cueste decirlo, precocinadas. Unos días abren unas latas, otros sacan embutido del frigorífico, y muchos cualquier cosa del congelador: croquetas, calamares, empanadillas, trozos de pescado o de carne ya rebozados que meten en la freidora. Y, muchos días, ni siquiera eso. A menudo cogen el teléfono y encargan algo que luego les traen a casa. Pizzas, comida china, japonesa, hamburguesas, patatas, salsas, platos y tenedores de plástico, en el mejor de los casos. Inconcebible, sí, y asqueroso, pero parece que a ellos les gusta.

Pasé los siguientes dos años casi en total inactividad. En ese tiempo fui usado en tan solo tres ocasiones. Tres únicas veces. Si bien es cierto que fueron ocasiones especiales, fueron celebraciones en las que hubo invitados y comida especial, y un buen vino y larga sobremesa. Me sentí orgulloso de mi actuación las tres veces. Pero, ¿tres veces en dos años? No era la vida que yo esperaba.

La primera vez, la dueña preparó solomillo de ternera a la plancha. Fue mi estreno, y claro, mi papel en aquel plato fue de absoluto protagonismo. La segunda fue para alegrar un simple revuelto de setas precocinado, que adolecía de falta de sabor. La tercera, mejor sería olvidarla, porque el amo se equivocó y me usó en una tarrina de natillas que acabó en la basura. ¡Confundirme a mí con la canela!

Me avergüenza decirlo, pero después de dos años en la casa, aún no me habían rellenado. Y es que apenas había gastado una cuarta parte de los granos de pimienta que me pusieron en la tienda.

Mi destino era malo, pero el de muchos de mis compañeros de estante era mucho peor. Lo cierto es que éramos muy pocos. No había mucha variedad. Un bote de pimentón, casi sin empezar, uno de perejil seco a medias, pimienta de cayena también recién comenzada... peor suerte tenían el eneldo y la nuez moscada, a los que habían comprado tal vez por equivocación y , como ya he dicho, ni siquiera habían quitado el precinto.

Pero hace unos meses se produjo un cambio. La madre de él vino a vivir con nosotros. Por entonces yo casi había perdido la esperanza y estaba resignado a una vida vacía, así que al principio creí que en nada nos afectaría. Parece ser que la mujer se había quedado viuda y la habían traído con ellos para que no estuviera sola. Los primeros días no notamos nada diferente. La señora apenas entraba en la cocina. Pasaba el tiempo sentada en un sillón y con la mirada perdida.

Pero poco a poco se fue generando la transformación de nuestra cocina. La mujer empezó a guisar. Primero lo hizo tímidamente. El primer día preparó un simple plato de pasta para la cena. Alguna vez también la habían hecho los dueños de la casa, pero esto era diferente, no cocía sin más unos macarrones y abría un bote de salsa para echársela por encima. Se notaba que lo hacía con manos expensas, y preparó una salsa boloñesa, con su cebolla, pimiento rojo y verde, zanahoria, sal, ¡pimienta!, orégano (un nuevo vecino que llegó aquel día a nuestro estante), carne picada, a fuego lento,...el olor se esparció por toda la casa. Creí estar soñando.

Por supuesto que los amos se chuparon los dedos.

Al día siguiente trajo pescado, una merluza hermosa que asó al horno con patatas panadera y cebolla y aliñó con ajo y perejil machacado. La cosa más sencilla del mundo. Por supuesto que al pescado no le faltó ni la sal ni la pimienta. No dejaron más que las espinas.

Y así fue la progresión, legumbres estofadas, pescados a la cazuela, guisos de calamares, pollo en pepitoria, asados de cordero, pimientos del piquillo rellenos, revueltos de setas, todo tipo de dulces. Todos, o la mayoría,

platos tradicionales y más o menos sencillos, pero que en esta cocina no habíamos visto nunca. Lentejas, con su comino en grano, cocido con todos sus complementos, carne asada, costillas al horno, albóndigas, croquetas caseras con bechamel (la nuez moscada estaba como loca)...

La señora hizo de la cocina su cuartel general, en ella cosía algunas tardes, veía programas de recetas o escuchaba la radio. Estábamos acompañados, nuestras existencias cobraban sentido. Es cierto que no estábamos en la cocina del mejor hotel del mundo, pero aquella mujer ponía algo especial en cada plato que preparaba.

Y muy pronto tuvo que rellenarme. Lo hizo con una mezcla de pimientas maravillosa: pimienta negra, verde, blanca y rosa. El sabor de los platos que yo aliñaba era, indiscutiblemente, lo mejor de cada cena. La vida me sonreía.

Hasta que esta mañana vimos a nuestra salvadora recoger sus cosas y prepararse para marchar. Se iba, y era probable que no volviera más. ¡No podía ser! No lo iba a permitir. No sabía qué hacer, pero no me iba a quedar quieto durante quién sabe cuánto tiempo esperando para volver a ser usado. Ya había probado las mieles del éxito, y su sabor era demasiado dulce, en mi caso demasiado picante, para regresar al más absoluto anonimato.

El pánico se apoderó de mí. Si los demás querían conformarse y quedarse de brazos cruzados, que lo hicieran. Yo no iba a volver a la vida de antes. No dejaría que se marchase aquella cocinera bajo cuya dirección había representado los mejores papeles y había obtenido tantos éxitos, modestos, sí, pero éxitos al fin y al cabo. Tenía que hacer algo. Y tenía que hacerlo pronto, porque su marcha era inminente.

La solución a todos mis problemas vino sola. La mujer entró en la cocina a beber un vaso de agua y dejó el bolso abierto justo debajo de mi estante. Decidí que debía irme con ella. Era una traición a mis compañeros. Pero eran todos unos conformistas. Yo era el único con aspiraciones. No iba a quedarme allí más tiempo. Me iría con aquella mujer donde fuera, con tal de seguir siendo el protagonista de sus mejores platos. No me lo pensé dos veces y salté desde la altura de mi estante. No era un salto difícil, el bolso estaba justo debajo. Y lo logré, casi. Reboté en uno de los bordes del bolso y caí, primero sobre la encimera de silestone y luego sobre el suelo de mármol.

Al caer supe que había sido el fin. No estaba totalmente roto, pero la madera de raíz, mi hermosa madera, se había rajado, y el molinillo se había estropeado definitivamente, dejando sobre el suelo aquellos hermosos granos de pimienta de todos los colores.

La mujer se sobresaltó, me recogió, y...¡me tiró al cubo de la basura!, a mí, que tantos buenos momentos le había dado en la cocina. En fin, es definitivo, estoy roto y desechado. Pero no quiero que nadie me mire mal. Creo que he expuesto mis razones con claridad. No soy un torpe que se ha caído, como cree el salero, yo nunca me habría caído. Y no me he intentado suicidar. Simplemente quería una vida mejor, he arriesgado y he perdido. Y ahora mi vida como pimentero ha terminado.
